

RONNA RÍSQUEZ

# EL TREN DE ARAGUA

La banda que revolucionó el crimen  
organizado en América Latina



## CAPÍTULO 1.

### La novia del pran y la tigrita en celo

*Ropa cara en la Casa Grande y el robo del tigre  
del circo Los Valentinos*

—Allí cumplí varias de mis fantasías.

Eso fue lo primero que me dijo Roxana sobre la Casa Grande, mejor conocida como Tocatorón, una cárcel.

—Me bañé en licor, en chocolate, en dinero, gocé, disfruté de masajes, peluquería, descanso y atenciones... Tenía respeto, poder. Yo sabía que había delincuencia, que desde ahí atacaban a los de afuera, pero era tal el orden y la organización que llegué a creer que así estábamos mejor.

Cuando Roxana entró por primera vez a la Casa Grande, sintió que ese era su verdadero hogar. Adiós a la escasez, a las colas, a la violencia en las calles venezolanas. Nunca se le habría ocurrido pensar que lo “mejor” se le presentaría al pisar una cárcel. Fue aquí donde conoció al hombre que le cambiaría la vida, un preso que la bañó en champaña y dólares, un hombre del que hoy intenta escapar.

A Roxana la conocí en 2021, cuando investigaba la participación de los pranes —los presos que controlan las prisiones en Venezuela— en el negocio de las firmas de los contratos de jugadores venezolanos en las Grandes Ligas. Era amiga de una amiga de María, una de mis *fixers* más confiables. Roxana aceptó darme la entrevista sin dudar. Pero iniciar la conversación requirió unas cuantas maniobras y medidas de seguridad.

—Me encantaría conversar contigo personalmente—me decía—, pero eso no es posible porque todavía me vigilan.

En cada encuentro virtual que sostuvimos recordaba que su vida corría peligro, que se sentía observada, que la seguían. Así que para poder hacer las entrevistas, Roxana, María y yo creamos un grupo de WhatsApp. María activó en un celular viejo una línea empresarial que había dejado de usar meses atrás. Se reunió con Roxana en casa de la amiga que tenían en común y le entregó el móvil. Así fue como pudimos empezar a comunicarnos con menos riesgo.

Por esa vía conversamos cuatro veces en una semana, con intermitencias, silencios y preguntas sin respuestas. Roxana no estaba siempre disponible, o no podía usar el teléfono con libertad, por lo que tuvimos que adaptarnos. Al mismo tiempo, en un chat privado paralelo, María y yo comentábamos, con asombro y hasta incredulidad lo que nos revelaba Roxana. Desde la primera charla con ella, supe que su historia rebasaba lo que yo estaba buscando para aquel reportaje. Sus relatos parecían de una película distópica. Leía lo que escribía en el chat y recordaba *Mad Max*, *El Juego del Calamar* o el parque de *Westworld*.

En su historia quedaba claro que cada visita de Roxana a la Casa Grande era una inyección de adrenalina. Allí bebió el whisky que ya no llegaba a las licorerías de su ciudad y vio a los grandes artistas de la televisión a centímetros de distancia, en una zona VIP. También gritó sus mejores orgasmos en una suite privada, llevada por un deseo que no despertaba su novio de toda la vida, sino aquel entorno criminal. En especial, había desarrollado una fantasía que quería hacer realidad de manera cada vez más urgente: que la penetrara un preso. Cuando salía de la cárcel y volvía a su rutina, la idea la obsesionaba. ¿Podría tener sexo con uno de los duros de la cárcel de Tocarón?

### **Casa Grande y estación central**

Centro Penitenciario de Aragua es el nombre formal de Tocarón. Construido en 1982, fue concebido para albergar a setecientas cincuenta personas, pero hoy, dependiendo de la fuente que se consulte, se estima que tiene entre tres mil y cinco mil “privados de la libertad”, para utilizar la jerga de un Estado muy insistente con la terminología, pero incapaz de dar una cifra oficial. De acuerdo con la ley, la seguridad interna de todas las prisiones en Venezuela está a cargo de funcionarios del Ministerio de Servicio Penitenciario, mientras que la seguridad externa es tarea de la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), un componente de la fuerza armada, que depende del Ministerio de la Defensa.

Hace tiempo que el Estado venezolano perdió el control de lugares como Tocarón: al menos ocho de los cincuenta y tres penales venezolanos son controlados por los pranés, de acuerdo con una investigación conjunta de la organización Connectas y el medio digital *Runrunes*.

Esto coincide con un estudio del Observatorio Venezolano de Prisiones (OVP) que analizó la situación de treinta y un cárceles en Venezuela, y encontró que ocho están totalmente en manos de pandillas carcelarias, otras ocho las controla el Estado y quince operan bajo una especie de control mixto, lo que significa que una parte de la prisión está bajo el dominio de los presos y la otra bajo la autoridad del ministerio responsable del sistema carcelario. Y, como dijo la directora del OVP, Carolina Girón, a la agencia de información alemana DW, más de la mitad de la población penitenciaria del país —aproximadamente veinticinco mil presos— está en penales dominados por grupos criminales. Tocarón es una de esas cárceles donde quienes mandan son los reclusos.

Tocarón toma su nombre del pueblo donde está ubicada, en el municipio Zamora, del estado Aragua, apenas a 130 kilómetros

de Caracas. Tiene una extensión de más de 2,25 kilómetros cuadrados y es la prisión más famosa del país, no porque sea un ejemplo de orden o de reinserción social. Por el contrario, su fama se debe a que es el centro de poder de la megabanda el Tren de Aragua, que ha extendido su radio de acción e influencia desde ese poblado castigado por el sol en el centro de Venezuela hasta varios países de América del Sur, siguiendo el rastro de los millones de venezolanos que huyeron, y huyen todavía, de la devastación económica y social generada por los gobiernos chavistas.

Si el Tren de Aragua fuera literalmente un ferrocarril, Tocarón sería su estación central, la plataforma desde donde la megabanda controla la salida y la llegada de miles de presos y gestiona sus actividades delictivas en Venezuela, Colombia, Brasil, Perú, Ecuador, Bolivia, Chile y, posiblemente, Estados Unidos.

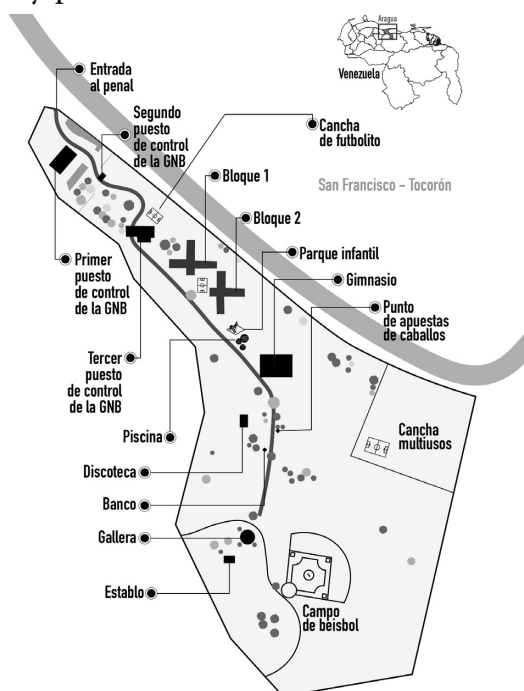


Figura 1. Mapa del Centro Penitenciario de Aragua, más conocido como Tocarón.  
Fuente: Runrunes.

En la cima de la estructura criminal, a cargo del Centro Penitenciario de Aragua, está la persona que en el gobierno de Nicolás Maduro llaman un “líder negativo” y que en la calle llaman un pran: Héctor Rusthenford Guerrero Flores, alias “Niño Guerrero”. Este preso disfruta de su reino mientras paga una condena de más de diecisiete años por una docena de delitos, entre ellos homicidio y tráfico de drogas.

El Tren de Aragua también le puso a la cárcel el sobrenombre de la Casa Grande. Así es como se refieren a ella tanto sus reclusos como los residentes de San Vicente, un barrio en el municipio Girardot, al sureste del estado Aragua, que está totalmente dominado por la organización.

Fuera de la cárcel de Tocarón, San Vicente es el enclave principal del Tren de Aragua. Allí no se les permite la entrada a las fuerzas policiales desde 2014, cuando el barrio se incorporó al proyecto de las Zonas de Paz del gobierno de Maduro; un intento de “pacificar” a las bandas criminales que recuerda un poco el experimento de la zona de despeje o zona de distensión otorgada a las FARC-EP en el gobierno de Andrés Pastrana, en Colombia.

Aunque este barrio está a casi 30 kilómetros de la prisión, tiene un valor estratégico porque sirve para comunicarse con Tocarón a través del Lago de Valencia, y tiene salida directa a la Autopista Regional del Centro, la más importante del país, que conecta a Caracas con el centro y el occidente, así como con el puerto de Puerto Cabello, en Carabobo. Como si no fuera suficiente, San Vicente también alberga un pequeño aeropuerto militar en perfectas condiciones, desde donde despegan frecuentemente vuelos no comerciales, según cuentan habitantes del lugar.

## Un comité de recepción

Tocorón también es un sitio del que se cuentan historias de no creer, pero que han resultado ciertas. Es una cárcel, pero tiene discoteca, piscina, parque infantil, casino y un sistema “banca-rio” propio. Todo esto al margen de la institucionalidad, cons-truido con dinero proveniente de la extorsión, el secuestro, el narcotráfico y el cobro de vacunas, entre otras actividades delictivas.

Una vez estuve allí, en Tocorón. Había intentado entrar en dos ocasiones anteriores, pero ni siquiera llegué a bajarme del carro; pasaba a poca velocidad frente a la gran edificación azul, y observaba a la gente en los pequeños comercios de los alrede-dores. De reojo miraba las torres, a los gariteros que vigilaban desde el techo por órdenes del pran, y seguía.

Hasta que un día me decidí. Me acompañaba Raiza, una amiga que aceptó correr el riesgo de entrar a Tocorón conmigo.

—¿Tienes miedo? —me preguntó justo al llegar.

—Claro que no —le dije—. No nos va a pasar nada.

Intentaba mantenerme serena. Íbamos a entrar con la excusa de visitar a un preso, a quien le llevábamos unas bolsas con comida. Nada de carnets de prensa, ni ningún otro formalismo: allí el gobierno es el Tren de Aragua.

Primero pasamos por los tres puntos de control de la Guardia Nacional, la única presencia estatal en toda esa ruta hacia el interior del penal de Tocorón. En ninguno nos revisa-ron los paquetes con comida, y solo en el último nos pidieron dejar la cédula de identidad. Estábamos prácticamente adentro, pero yo todavía pensaba: “¿Y si nos pillan? ¿Y si se dan cuenta de que somos periodistas y no visitas?”

Después pasamos al cuarto de revisión corporal, donde no había nadie. Era claro que el lugar no se usaba. Varios años atrás, el Niño Guerrero prohibió que se hicieran este tipo de requisas

a los familiares de presos por considerarlas humillantes y vejatorias. Salimos de allí y nos encontramos con una especie de comité de bienvenida, integrado por presos.

—¿Necesitan ayuda con las bolsas? —preguntaron.

Eran cinco hombres jóvenes y delgados —famélicos, en realidad— vestidos con camisas blancas de mangas largas, corbatas rojas y jeans azules o blancos. Estaban parados a ambos lados de la puerta donde comienza el largo pasillo de acceso al interior del Centro Penitenciario de Aragua.

Uno de los muchachos tomó los paquetes, nos invitó a seguirlo y comenzó a caminar. Los de su grupo eran una suerte de sirvientes, se comportaban casi como los chicos de protocolo de un teatro. Están ahí para guiar a las visitas. Su ropa, muy formal para un lugar como este, les sirve para diferenciarse del resto de la población reclusa, e indica que ellos gozan de un privilegio inalcanzable para la mayoría de los reclusos en Tocarón: poder movilizarse por las distintas áreas de la prisión.

Apenas comenzamos a seguirlo, un ruido de motores llamó nuestra atención. Aunque intentábamos no fijar la mirada en nada ni en nadie, no pudimos evitar voltear a ver. Eran motocicletas. Hay muchas en Tocarón y circulan a toda velocidad por las vías —sí, vías asfaltadas como las calles— y los corredores internos del centro de reclusión. Las más comunes eran de alta cilindrada, Kawasaki KLR y Suzuki DR, similares a las que usan los guardias nacionales. Son motos que pueden costar hasta cinco mil dólares o más en los sitios web de venta de vehículos.

La mayoría de las motos las conducían hombres robustos o de contextura regular, bien alimentados, muy distintos al joven flacucho y demacrado que nos guiaba. Usaban pantalones cortos o *shorts*, apropiados para los 35 °C de temperatura que se sienten en Tocarón, con camisetas y zapatos de marcas reconocidas. Algunos tenían pistolas en la cintura o usaban bolsos



cruzados en el pecho donde guardaban las armas, al estilo de los escoltas privados que ahora abundan en las principales ciudades del país.

Estos presos con motos de alta cilindrada y ropa cómoda forman parte del “carro”, como se denomina en la jerga carcelaria venezolana al círculo cercano o grupo que acompaña al “principal” en el control de la prisión y los negocios que allí se generan. “Principal” —no “pran”—, es el verdadero título jerárquico usado por los internos para identificar a los jefes de las cárceles venezolanas.

### **Ropa cara y sazones del hampa**

No queríamos mirar ni preguntar mucho para no violar alguna regla que no conociéramos; tampoco queríamos lucir sorpresas ni impresionadas por lo que íbamos descubriendo al ingresar al penal. Pero, de aquí en adelante, nuestro asombro sería permanente.

Al pasar el puesto de control de la Guardia Nacional, la vía interna conduce a las dos torres originales del penal. Un poco más adelante destaca una estructura colorida y llamativa similar a las áreas sociales de los clubes privados. Ahí estaban el parque infantil y la piscina de la cárcel de Tocarón, tal como la habíamos visto en tantas fotos en redes sociales y reportajes periodísticos.

Raiza y yo nos miramos y supongo que pensamos lo mismo: “¡Es verdad! Lo de la piscina en la cárcel de Tocarón es cierto”. Las instalaciones se veían en buen estado y limpias. Ese día era la visita de los niños y la zona de entretenimiento estaba llena de pequeños que jugaban y se zambullían en el agua.

De allí en adelante, el recorrido se convirtió en una especie de paseo como los que haces por primera vez en un sitio del que te han hablado mucho y del que solo has visto fotos. Pero todo

adquiere otra dimensión cuando lo ves con tus propios ojos, cuando estás ahí con los sentidos en alerta constante.

—Mira la Disco Tokio —dijo Raiza y señaló con disimulo el popular local de cuya existencia supieron los medios en 2014.

La discoteca de los pranés era escenario de frenéticas rumbas con bailarinas y artistas, a las que podía entrar cualquiera que buscara fiesta con “seguridad” garantizada. En 2015, el medio español *La Vanguardia* publicó: “Las chocantes imágenes de la Disco Tokio repleta de reclusos rumbeando al ritmo de la música de bonitas cantantes ligeras de ropa han desatado la indignación de una parte de la sociedad venezolana, que critica que el gobierno no haga nada para impedir la impunidad de la que gozan los capos mafiosos”.

El día en que la vimos, la fachada de la discoteca estaba cubierta con una lona negra. Yandris, un exmiembro del Tren de Aragua a quien entrevisté en un restaurante en las afueras de Caracas, pocos meses después de que fue excarcelado, contó que a mediados de 2022 habían cerrado el local por orden del Gobierno. Buscaban evitar más escándalos, como los que protagonizaba la banda en Colombia y Chile. “Pero eso es para afuera; adentro las rumbas siguen”, aclaró Yandris en una conversación telefónica posterior, cuando ya se había ido a Colombia.

En el recorrido vimos restaurantes con terrazas y mesas al aire libre, kioscos de comida más sencillos, uno llamado “La sazón del hampa”. También hay bares y licorerías con una oferta muy variada de bebidas: whisky, vino, ron, cerveza... De todo había —hay— en Tocarón.

El “banco” de la cárcel es una hilera de taquillas en una larga pared blanca, con ventanas de vidrio como las de las agencias bancarias de verdad, en las que los internos pagan las cuotas semanales para poder seguir con vida en el penal y también

pueden cambiar dinero o solicitar avances en efectivo sobre fondos depositados a su nombre en las cuentas de los planes.

Vimos tiendas que exhibían ropa y zapatos en vitrinas. No nos atrevimos a confirmar si se trataba de prendas originales o imitaciones de esas que se conocen como “triple A”. Tampoco preguntamos los precios. En uno de los comercios destacaban logos, pegados a las vidrieras como calcomanías, con los nombres de las marcas de los productos que ofrecían: Balenciaga, Gucci, Prada... “Ropa cara”, como la canción del colombiano Camilo, que suena mucho por estos días.

Además de la canción, recordé una tienda similar que había visto un par de semanas atrás en el pueblo de Las Claritas, al sur del estado Bolívar, en pleno corazón del Arco Minero del Orinoco, adonde fui para investigar sobre la presencia de uno de los tres jefes del Tren de Aragua en las minas del Kilómetro 88, donde está el cuarto yacimiento de oro más grande del mundo.

En Tocorón, las abundantes ventas de comida preparada y víveres eran en su mayoría como los puestos de un mercado, con congeladores y estantes para organizar la mercancía. Todas se veían bien abastecidas. A un lado había una pequeña cancha de fútbol sala con grama artificial. En la misma área se veía lo que parecían ser otras instalaciones deportivas, pero las rejas estaban tapadas con cobertores negros como de hule.

—Esa debe ser la cancha de *paintball* —le comenté a Raiza en voz baja—; la que me dijo Yandris.

Después vimos una planta eléctrica que, por sus dimensiones, debía tener capacidad para iluminar todo el penal. Las fallas eléctricas son tan frecuentes en Venezuela que en agosto de 2022 la ONG Comité de Afectados por Apagones registró un promedio de 65564 interrupciones del servicio cada día. Por esa razón, todo el que ha podido ha comprado sus propios equipos

generadores de energía: empresas, hoteles, centros comerciales, urbanizaciones de clase alta y Tocorón.

Mientras todavía mirábamos la planta con asombro, un pequeño vehículo se estacionó a nuestro lado. Era una moto de carga de tres ruedas con remolque. En la canasta de carga iban tres hombres y adelante, el conductor. Todos tenían camisas tipo *chemise* anaranjadas.

En ese momento llegó Julio, el hermano preso de una amiga de Raiza, al que íbamos a visitar; nuestra coartada para poder entrar a la cárcel. Después de saludarnos con sorpresa y desconfianza, agarró las bolsas con emoción, picó un pedazo del pan que estaba en uno de los paquetes y empezó a comer. Nuestro guía de corbata roja volvió a su lugar en la puerta de entrada.

Julio nos explicó que los hombres en la moto de tres ruedas eran presos que tenían a su cargo la supervisión y el mantenimiento del sistema eléctrico de la prisión. Es decir, como las cuadrillas de emergencia de Corpoelec, la empresa gubernamental encargada del maltrecho sector eléctrico de Venezuela.

Hasta ese momento habíamos recorrido 300 metros y la sensación era similar a la que tuve cuando fui por primera vez a un parque de Disney. Claro que son cosas radicalmente diferentes, pero igual que el parque temático, Tocorón se sentía como un mundo irreal, de esos que crees que solo existen en la fantasía, en los libros y las películas, hasta que lo tienes ahí, delante de ti.

Acompañadas por Julio, tomamos un camino a mano izquierda. Luego supe que la calle que seguía derecho conducía a la casa del Niño Guerrero, que tiene dos pisos, piscina privada y un asador de carnes, entre otros lujos. El pran también tiene una oficina en la entrada de la prisión.

Comenzamos a ver muchos locales cerrados, con las santamarías abajo. Pero también cosas curiosas como una lavandería en un local con aire acondicionado, tan coqueta que Raiza

la confundió con un *spa* de uñas. Tenía un nombre en inglés que incluía la palabra *laundry*. Al frente había un pequeño conjunto de apartamentos de dos o tres pisos, con aires acondicionados y motos estacionadas alrededor.

—Esta es la calle de los millonarios —dijo Julio.

Eran las residencias de los otros jefes del Tren de Aragua. Los “millonarios” aquí tienen su propio estilo... Nos topamos con un hombre en *jean* y camiseta de marca, que paseaba su perro *bulldog* como si estuviera en el jardín de su casa. Luego apareció otro que llevaba una botella de whisky Black Label en una mano y una pistola nueve milímetros en la otra.

Pero ocurría algo raro, incluso para lo extraño que era todo allí. Había poco movimiento de personas un domingo a medio día en una prisión que se supone que tiene más de 5000 presos. En los comercios no había gente comprando, en los restaurantes nadie comía, en el banco no había gente cambiando dinero y los bares estaban casi vacíos. Solo veíamos a los encargados, junto a sus familiares y casi ningún cliente. La piscina y el parque infantil eran los lugares más concurridos, pero, aun así, eran pocos los usuarios.

### Los manchados

De pronto todo comenzó a cambiar. Ahora caminábamos por un corredor que se hizo más angosto, se acabó la vía principal y no había motos. Comenzaron a aparecer más hombres flacos, sucios, sin afeitarse y con la mirada perdida. También usaban corbatas y camisas de manga larga, pero no blancas: eran de cuadros, rayas o estampadas con colores. Salían de un pequeño edificio en ruinas, que a corta distancia se veía oscuro, sucio y lleno de escombros. Parecía un área de confinamiento, pero sin guardias; solo se veían estas personas que entraban, salían y caminaban como zombis.

Frente a ellos, otros dos hombres —uno vestido con pantalones cortos y otro con un *short* playero— observaban todo desde un kiosco con techo de zinc y paredes hasta la cintura, similar a los puestos de venta de cerveza que hay en los estadios. Usaban camisetas de un solo color. De vez en cuando se movían por el área y daban instrucciones. El más bajo de estatura tenía una escopeta, mientras que su compañero sacaba a cada tanto una pistola automática plateada del pequeño bolso terciado en el pecho. Ambos llevaban radios para comunicarse con cualquier punto de la prisión.

Eran los “gariteros”, los vigilantes de la estructura criminal. Son como el cuerpo de seguridad e inteligencia del pran, sus ojos están en todos los rincones, son los que reportan lo que sucede al momento. Aunque Yandris dijo que, en realidad, todos en la prisión cumplen la función de gariteros.

En medio de las dos edificaciones, vimos un pequeño bohío o solar con mesas, sillas de madera y un televisor de plasma, donde los hombres de camisas estampadas recibían a sus visitas.

—Ellos tienen prohibido salir de esa área —explicó Julio—. No se pueden desplazar por el penal. Si lo hacen son sometidos a castigos físicos, o los pueden matar.

Se les conoce como “varones” o “manchados”. Son los presos que no tienen familia que los visite, ni dinero para pagar la causa. También pertenecen a ese estrato los presos que cometen robos, hurtos dentro de la cárcel, “mancharon la rutina”, en jerga carcelaria, o violan alguna norma del pran.

Las camisas de colores, rayas o cuadros son en realidad una marca, un distintivo que están obligados a usar para diferenciarse del resto de la población penal, mientras que las corbatas son una exigencia de la iglesia evangélica que les permitió refugiarse en el deteriorado edificio donde pasan sus días de encierro.

Este grupo forma parte de los excluidos en las prisiones venezolanas, junto a los enfermos terminales de tuberculosis, VIH o COVID-19, a quienes confinan en una torre donde mueren sin asistencia médica ni visitas, como los leprosos de las historias bíblicas para los que no existen los milagros.

Allí desapareció la sensación de parque temático. De ahí en adelante la prisión se parecía más a cualquier barrio pobre del país, donde el Estado no entra. Caminerías con basura, aguas estancadas y moscas por todos lados, construcciones improvisadas con tablas, cartón piedra y zinc —a las que llaman cantinas—, iguales a las viviendas precarias que en Venezuela denominamos ranchos.

Estas cantinas son locales comerciales, pero también se usan como habitaciones por algunos presos. El alquiler mensual de la cantina es de veinte dólares, que se le pagan al principal: el Niño Guerrero. También es posible comprar una cantina por cien dólares. Pero eso solo lo pueden hacer aquellos reos que se han ganado un lugar trabajando para el principal.

—Esto es para millonarios. Esta cárcel es para millonarios. Aquí todo es plata, todos tenemos que pagar quince dólares de causa a la semana —advirtió Julio, con un gesto de resignación.

Julio nos explicó lo de la causa, una forma interna de extorsión que cobran los pranes a los presos para permitirles vivir en la prisión. El que no paga, primero recibe advertencias, luego castigos físicos o aislamiento forzado, y, finalmente, puede terminar muerto. Con el dinero de la causa se cubren los gastos semanales de la prisión. Cuando lo recaudado no alcanza, el principal se mete la mano en el bolsillo:

—Guerrero completa lo que falta, pone dos mil o tres mil dólares de su propio dinero —dijo luego Yandris.

Ya en esta etapa del recorrido por Tocarón volvíamos a ver hombres cada vez más flacos, con rostros demacrados. Ninguno